

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripcion 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—REVISTA DE TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—EN EL ALBUM DE LA SRTA. D^a R. R. é Y., por Geraldo.—LA CONQUISTA DE UNA MUJER, por Don J. B.—NOVELA RUSA, EL ESPA-DACHIN, traducido de J. Tourgueneff.—GERO-GLÍFICO.

REVISTA DE TEATROS.

La terrible crisis por que ha pasado el Principal desde el punto mismo en que abrió sus puertas, parece próxima á resolverse, y todo anuncia que tras de tempestad tan cruda lucirán para aquel coliseo dias tan brillantes como los de su mejor época. La Sra. Peruzzi, la excelente artista á quien el público con tanta razon distingue, á la fecha en que este nuestro artículo se publique habrá alcanzado nuevos aplausos, preludios de la nueva vida y animacion que aguarda á nuestra escena. El tenor Boucardé, cuya fama es europea, ha sido contratado al fin, y dentro de breves dias el público de Cádiz tendrá el placer de oirlo. El repertorio entonces llegará á ser lo que debe, porque se dispondrá de todos los elementos con que cuenta la compañía, que á fé no son pocos, y que no han podido utilizarse por circunstancias que la empresa es la primera en deplorar, puesto que es la perjudicada en primer término.

Y en efecto, imposibilitada la Sra. Peruzzi durante la primera época de la temporada, y el tenor Ghislanzoni sin voz, fuerza fué que artistas de quienes no era ni justo ni posible exigir tanto se encargasen de papeles que, no debiendo ser los suyos, estaban muy á otra altura que la de ellos. Lo que esto ha de afectar á la ejecucion de una ópera no hay para qué decirlo: así es que el éxito de algunas ha sido poco satisfactorio, y aun puede decirse que ninguna ha satisfecho plenamente al público; porque para un éxito completo no bastan los esfuerzos felices, pero aislados, de este ó del otro cantante; es indispensable la cooperacion de todos en un grado igual ó poco menos.

¿Hay, sin embargo, á quien de ello pueda legítimamente culparse? No lo vemos. La empresa contrató á un tenor por una cantidad igual á la que le costaba Landi, y por tanto debió creer que

no valdría menos que este distinguido artista. La empresa, por tanto, lo pagó, pero no lo pudo utilizar. Harto debe sentirlo.

La indisposicion de la Sra. Peruzzi obligó á la jóven Srta. Micheli á aceptar papeles que no podía cantar bien, pudiendo cantar bien otras cosas. ¿Es culpa suya?

Lo mismo decimos del Sr. Conti. Una y otro pudieron brillar en su terreno, porque tienen elementos para ello. No hubo aquí ni en una ni en otro aspiraciones exageradas. No debe juzgárseles por lo que han hecho, sino por lo que hay derecho á exigirseles.

Por fin, ya se pleitea por poco.

La última ópera puesta en escena ha sido: *I due Foscari*, y dirémos de paso que en nuestro concepto es la que se ha ejecutado mejor. El Sr. Conti canta muy bien su aria de salida, y es en ella estrepitosamente aplaudido: sentimos no haya sido esta partitura la de su estreno, porque de seguro habría establecido con ella su crédito.

La Srta. Micheli, con ese celo y con esa buena voluntad que la caracterizan, luchó con las inmensas dificultades de su papel, que es para destrozarse, para aniquilar á cualquier tiple, y si no sucumbió en su empeño dé gracias á la belleza y frescura de su voz; pero si ha de conservar esta hará bien en no acometer empresas tan árdas, y de las que ha de resentirse forzosamente su organizacion, siquiera fuese de bronce.

Quizá en ópera alguna aparece tan patente la inhumanidad de Verdi.

El Sr. Paccini muy bien. Ya se lo han dicho los numerosos aplausos que alcanzó, mereciendo ser llamado á la escena á la conclusion de su aria final.

Digamos algo del Balon, que ciertamente no puede quejarse del público. Sus directores han acertado á poner el dedo en la llaga. Allí los llenos se repiten con frecuencia, merced á la asiduidad y al celo con que se trabaja.

Con uno de estos llenos que rebosan, y á beneficio del primer bailarín y director D. Ambrosio Martinez, se ejecutó la noche del miércoles último el drama nuevo en tres actos titulado: *El monarca cenobita*, del cual vamos á ocuparnos brevemente.

Estamos en el monasterio de Yuste, y ya se supone que la época es aquella en que le habitaba el emperador Carlos quinto. Este tal tenia en su compañía á una jóven llamada Estrella, á la que el ex-monarca queria casar con el marqués de Toledo, que de ella estaba enamorado, pero que no era correspondido, puesto que la doncella amaba á cierto mozo, que aunque á la sazón ausente, llega como llovido en la ocasion oportuna.

El marqués sabe muy bien que su amor es desdeñado, puesto que se lo dice la misma persona interesada, esto es, la novia; pero si bien al principio escrupuliza con sobrada razon, al cabo apechuga con el casamiento, y sea lo que Dios quiera. D. Juan, que así se llamaba el mozo, viene echando fieros y queriendo matar al novio; el emperador acude á los gritos y pretende hacerse obedecer como en los tiempos de marras; mas el D. Juan se le planta, y le espeta un discurso demagógico sobre los derechos del pueblo y la autoridad de los reyes que deja á Carlos quinto con tanta boca abierta. El asunto no era para menos.

Sin embargo, Estrella no se resuelve á romper por todo, porque su madre (Bárbara Blomberg por mas señas) le habia encargado al morir que en descuento de sus muchos pecados obedeciese siempre ciegamente al emperador; pero el marqués, viendo que iba á hacer desgraciados á aquellos dos tiernos amantes por su interposicion inoportuna, se ablanda, se enternece, une las manos de ámbos, y sin contar con Carlos quinto, aunque solo fuese por mera fórmula de urbanidad, los lleva al altar prevenido para él, y endosa la letra á favor de D. Juan.

El monarca, á quien ya tenian de malísimo humor las predicaciones protestantes de Cazalla y otros tales, al ver entrar á los nuevos esposos como dos tortolitos monta en cólera, manda que se alejen uno de otro porque su matrimonio es imposible, y revela en secreto al marqués que ámbos son hermanos. Horror y estupor de parte de éste; pero no de parte del público, que no lo cree por dos razones á cual mas poderosas: la una porque falta un acto todavía y no es posible que el desenlace se presente en el segundo; la otra, porque ha tenido ocasion de notar que Carlos quinto toca frecuentemente el violon, y espera que no sepa lo que se dice, como en efecto así sucede.

En la confianza que éste hace al marqués le cuenta que en efecto Bárbara Blomberg habia tenido una hija de su difunto marido, y esta era Estrella, y como además tuvo por fruto de sus imperiales extravíos un hijo, que era D. Juan de Austria, educado á la sazón por D. Luis Quijada, este hijo no podia ser otro que aquel demócrata D. Juan, puesto que pasaba por hijo del mismo Quijada; de donde se deducia que ámbos amantes, como nacidos de la misma madre no podian dejar de ser hermanos.

Esto no lo saben ellos, sin que nosotros sepamos á qué viene el secreto cuando las cosas han llegado á tal punto de apretura; así es que al volverles á intimar que se separen despues de haberlos

dejado juntos el tiempo que han querido, Estrella se rebela, saca á cuento su texto del Evangelio, y se abraza con su cónyuge en las barbas de S. M. cesante. D. Juan va mas allá; suelta otra andanada de derechos y de abusos, y acaba con el trueno gordo; ¡pero qué gordo! Se declara luterano allí delante del mismo rey, de D. Luis Quijada, de un alcalde y de una cohorte de alguaciles. Carlos V se enfurece, y lo manda prender y quemar vivo, como si para ello tuviese autoridad de ningun género; D. Luis quiere hablar para decir que aquel mozo no es D. Juan de Austria, como supone el que presume ser su padre; pero no le dejan meter baza en medio acto de monosílabos. Al fin logra soltar la frase, lo cual no altera en nada, como ya se supone, la piadosa resolucion de S. M. de quemar vivo al mozo; pero el emperador habia dado su anillo al marqués para que le pidiera una gracia, á modo del vale que dan á los chicos en la escuela; esta gracia es la vida de D. Juan, á quien salva la real palabra. Sin embargo, el luterano no quiere permanecer al lado de su esposa hasta volver de Flandes, para donde parte á pelear como católico contra sus antiguos correccionarios.

Ved aquí una conversion hecha con convicciones sólidas.

En esta obra no hemos podido descubrir cual haya sido el pensamiento que su autor se propuso desenvolver. Carlos V tan pronto se ocupa de Lutero como de la boda de Estrella; tan pronto quiere volver á empuñar el cetro como se queja de la gota y habla de su próximo fin y de las vanidades de la tierra. El lenguaje es oscuro y embrollado, la versificacion, si frecuentemente buena, peca de lirismo hasta el exceso. Todos allí son misterios que paren ratones; nada se justifica, porque es la cosa mas extraña del mundo el tener á otro por su propio hijo solo porque tambien se llama Juan, cuando tiene allí presente á la persona á cuyo cargo está y que puede mejor que nadie dar razon de lo que tanto le importa saber. Las ideas no son las de entonces, ni mucho menos las palabras y los giros. En suma, aquel D. Juan es un declamador del tiempo de la revolucion francesa, un Marat con trusas, y que hubiera hecho muy bien su papel en la tribuna del club de los jacobinos. ¡Y eso en tiempo de Felipe II!

El drama acabó con responsos dentro y murmullos fuera.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA R. R. É I.

LOS OJOS DE LA MUJER.

Pródiga quiso natura
para ostentar sus primores,
formarte con tal ventura,
que á la reina de las flores

celos diera tu hermosura.

De ese perfume que emana
del bello pensil de Flora,
dotó á tus labios de grana;
tan puros, como la aurora,
risueños, cual la mañana.

Y puso en tus negros ojos,
que fuentes del alma son,
dulzura que ahuyenta enojos,
lumbre, que postra de hinojos
al mas tibio corazon.

En ellos, sin que te asombre,
ejerce amor su poder:
y tienen justo renombre,
por ser redes para el hombre
los ojos de la mujer.

Ellos... de belleza suma
son móvil de inspiracion:
y al que de vate presume,
será imperfecta su pluma
para tanta perfeccion.

La mia en narrar se empeña
lo que á muchas enmudece,
á pesar de ser pequeña;
¿pero á quién no le enloquece
esa gracia malagueña?

Por tan tenaz pretension,
te pediré en conclusion
sin que te causen agravios,
alcanzar como perdon
la sonrisa de tus labios.

GERALDO.

La conquista de una mujer.

Ortez es una ciudad de los Bajos Pirineos, cuyos ocho ó diez mil habitantes la constituyen capital de distrito; pero el subprefecto que la gobierna no tiene como su vecino el de Bayona cuidados administrativos capaces de turbar el sueño de un empleado. Las industrias de la ciudad se hallan rara vez expuestas á contingencias, y aseguran al cabo de cierto número de años de trabajo una decente posicion á los que las ejercen, exentos de ambiciosas esperanzas, y los que se retiran de los negocios mercantiles, se truecan en hacendados al objeto de dar, en la época ansiosa de las cosechas, cierta actividad poco violenta á una vejez que no podria condenarse al reposo absoluto.

Si deseais saber cómo no se mueren de fastidio los moradores de las ciudades subalternas, no os empeñeis en juzgar únicamente por la apariencia; ni para conocer á Ortez vayais á la colina donde alza aun orgulloso el torreón pentagonal, último resto del castillo de los Moncadas y de Gaston Febbo, tan ruidoso y magnífico aun en el siglo de Froissart, ni os extraviéis por las calles en busca de monumentos históricos, porque debeis entrar en las casas, penetrar en la familia y condenaros á llevar su vida por espacio de un año.

En esas ciudades tranquilas en apariencia, hallaríais en realidad todas las pasiones que adornan el corazón del hombre, vivas y puestas en juego á veces de un modo pintoresco y singular. El mas ligero observador advertiria que se representan allí en lo interior de las familias, dramas cuyo desenvolvimiento se efectúa en medio de las peripecias mas inesperadas, y dura años enteros, poniendo en relieve ciertos caracteres con sus cualidades y defectos, cuya existencia no se hubiera al principio sospechado.

Los novelistas y autores dramáticos deberian ir á las provincias á estudiar el acto mas importante de nuestra vida social, el matrimonio, para saber cómo se asedia á una mujer rica al pretender casarse con ella.

Hacia un año que Emilio Benacq estaba inscrito en el colegio de abogados de Ortez, y habia hecho su estreno en el tribunal de primera instancia con bastante esplendor para merecer que sus colegas, los antiguos prácticos le trataran como á un igual desde un principio, para que se hablase de él en las tertulias, y para que mas de una madre le mostrara á sus hijos como un modelo, y desease para sus hijas un marido de sus prendas. Sin embargo, Emilio Benacq no estaba adornado de perfecciones exteriores capaces de excitar el amor propio ni de causar envidia á los demás jóvenes. Con la mala forma de su cuerpo, con sus piernas angulosas y en exceso gruesas, con unas manos y unos piés reñidos con todas las reglas de la estatuaria, coincidia un rostro, que aunque rigurosamente examinado no presentaba en sus facciones ninguna irregularidad, carecia de animacion y gracia, y sus ojos lanzaban miradas tan frias, que parecian muertos ó privados del fuego sagrado que revela la inteligencia y la pasión. A pesar de esta desventaja, el joven abogado no podia estar quejoso de su suerte; porque al entrar en la vida, solo le rodeaban rostros risueños y propicios.

Pero Emilio Benacq no era feliz en medio de sus fáciles triunfos, á pesar de que toda la ciudad de Ortez tenia los ojos fijos en él, y de que era objeto de sorda y secreta envidia. Vivía en una casa cuya puerta daba al castillo de Moncada, y cuyos jardines dominaban una extensa plaza que inundan los traficantes los dias de mercado; toda la riqueza del joven se reducía á esta casa, una quinta y algunos campos situados cerca de la ciudad; mezquino patrimonio para un ambicioso, cuya imaginacion hervia en ilusiones de riquezas y honores.

Vivía con él su anciana madre, mujer mas ambiciosa aun que su hijo, que fomentaba con empeño tan elevadas esperanzas, y se habia impuesto la importante tarea de recorrer diariamente la ciudad para hacer partícipes á cuantos conocia, de sus glorias, ilusiones y vanidades maternas.

En las provincias todo el mundo se afana por saber lo que pasa en casa del vecino, y la señora Benacq, al contar á todos sus amigos lo que le interesaba, conseguia el objeto que desde el colegio se habia propuesto Emilio, cual era el de convertirse en tema de conversacion en todas las casas prin-

cipales, desde la altura de Moncada hasta el arrabal de Depart.

Y no en balde se tomaba la madre de Emilio el trabajo de pregonar las hazañas de su hijo; porque mucho tiempo hacia que tenia arreglado en su mente un proyecto, del cual no hubiera hablado á nadie en el mundo aunque la hubiesen dado tormento; ese proyecto maduramente preparado, lentamente meditado y combinado, y para cuya ejecucion definitiva era preciso tener á todo el mundo bien dispuesto para secundar su feliz éxito, consistia nada menos que en el enlace de Emilio con su prima Adela Verniot, la jóven mas hermosa y la heredera mas rica de Ortez.

M. Verniot, padre de Adela y hermano de la señora Benacq, era un poderoso negociante enriquecido con el comercio de salazones que todo el distrito remite á París con el nombre de perniles de Bayona; no maliciaba la verdadera intencion de su hermana, y aceptaba con gusto al jóven abogado por yerno, con condicion de que su hija consintiese; porque no era uno de esos padres que imponen tínicamente su voluntad. Adela era hija única, y su padre la idolatraba; porque la señora Verniot habia muerto casualmente cuando la fortuna considerablemente aumentada del negociante le permitia retirarse de los negocios y vivir de sus rentas.

Adela contaba diez y seis años cuando tan funesta pérdida acababa de dejar un vacío irreparable en la vida de familia; su madre, mujer de distincion por naturaleza, habia sido siempre para ella una amiga cariñosa que le prodigara toda clase de miramientos y de solícitos cuidados, pues nunca habia consentido en confiar á nadie la educacion de su única hija, y Adela no se habia separado de la casa paterna, siendo deudora á su madre de todo cuanto sabia. De esto resultaba que la señora Verniot habia desarrollado en su hija una exquisita sensibilidad que la inducia á mirar con repugnancia todos los cálculos de mezquino interés, tan comunes en las ciudades subalternas. Adela, aconsejada por su madre, consiguió ver repetidas veces el desenlace prudentemente preparado de los oscuros dramas, cuya representacion é incidentes se escapan á los ojos del vulgo, y siempre lo veia con un profundo sentimiento de repugnancia, de modo que mucho tiempo hacia que se habia propuesto poner su vida al abrigo de toda las intrigas, y para salvarse mejor de cuantas redes pudieran tender en torno suyo cuando su madre llegase á faltarle, se refugió en el culto exclusivo de tan querido recuerdo.

Cuatro años hacia que diariamente robaba algunas horas á los cuidados domésticos para hacer una piadosa peregrinacion al cementerio, cuando empezó á resonar en su oido la palabra casamiento. Emilio Benacq se hallaba entonces en el apogeo de su reciente gloria; el brillo de sus primeros triunfos en el foro de Ortez parecia que habia ceñido su frente con una aureola de celebridad, y ninguna jóven de su edad podia comparársela en todo el distrito. Habia llegado por fin el momento oportuno para la señora Benacq.

Érase la víspera del dia de Navidad, que es una

fiesta importante en todo el Mediodia de Francia: toda la familia reunida en derredor de una mesa servida con profusion de manjares, que es uno de los caracteres de la hospitalidad meridional, saboreaba las delicias de la franqueza y del desahogo de la amistad: Emilio, sentado expresamente al lado de su prima, la obsequiaba y servia como persona que ha adquirido los hábitos del alto tono: la señora Benacq estaba en frente de su hermano: los demás parientes y amigos íntimos se veian repartidos con acertada disposicion, y todos los convidados parecian gozosos y satisfechos del banqueté.

La comida se tēminaba sin ningun incidente que oscureciese su alegría. Al llegar á los postres la señora Benacq se dirigió á su hermano y le dijo:

—¡Brindo por nuestros hijos!

Toda la reunion acogió el brindis con entusiasmo, y respondió felicitando á los dos hermanos por el favor con que les habia tratado la fortuna, dándoles por hijos modelos de hermosura y de talento, porque todos los convidados estaban en la creencia de que el brindis de la señora Benacq tenia una significacion, y desde aquel momento consideraron á Emilio como futuro esposo de Adela.

La jóven se quedó sin embargo distraida, y respondió en voz muy baja al brindis de su tia.

Si un observador perspicaz se hubiese hallado en la mesa, hubiera conocido que el casamiento debia encontrar mas de un obstáculo, y que la plaza no era tan fácil de conquistar como á primera vista parecia.

Preciso es confesar que Adela tenia hácia su primo una dudosa simpatía; pues nadie mejor que ella en toda la ciudad de Ortez sabia cuánta vulgaridad se encerraba en el alma, en el corazon y en el carácter de su primo. Aquel cuerpo casi contrahecho no podia á sus ojos abrigar un alma distinguida, y esta creencia era un obstáculo insuperable para la realizacion del proyecto de la señora Benacq.

Pero estas observaciones cruzaban vagamente por la imaginacion de la jóven, pues se hallaba distante de creer que su padre estuviese decidido á separarse de ella, ni que su tia hubiese preparado de antemano toda sus baterías para el combate.

El dia siguiente pudo ya convencerse de lo contrario. El incidente de la comida habia circulado como un reguero de pólvora por toda la ciudad, era el tema de las conversaciones de todas las familias, se admitia el presagio como un hecho, y mas de una madre, mirando á sus hijas debió renunciar con pesar á su esperanza.

No obstante, nadie se mostró contrario á este arreglo de familia.

Adela adivinó lo que pasaba con el recibimiento que halló en todas las casas á donde acostumbra ir casi diariamente: cambiaban de postura luego que entraba, y expresaban con sus ademanes y miradas que esperaban oír la gran noticia; pero Adela permanecia en silencio, y las mas curiosas ardian en deseos de manifestar sin rodeos que estaban enteradas del proyectado enlace.

Emilio, guiado por su madre que en tan graves circunstancias se creia con deber de darle sus su-

premas intrucciones de mujer experta y prudente, habia tomado desde luego por lo sério la posicion de pretendiente á la mano de su prima, y no omitia medio alguno que pudiera facilitarle su triunfo.

Aprovechándose de las ocasiones que le proporcionaba su estrecho parentesco de hablar con Adela, la obsequiaba asiduamente, teniendo un especial cuidado en presentarse sin cesar bajo el aspecto que pudiera lisonjear mas el amor propio y la vanidad de una señorita; pero á pesar de su esfuerzo, solo lograba desagradar y hacerse odioso con su solicitud y sus obsequios.

No tardó en advertirse el cambio que se efectuaba en los sentimientos de Adela en sentido inverso del que hubiera deseado, pues oia con visible repugnancia todas las galanterías que su primo le dirigia diariamente, con la seguridad de quien cree haber recibido de la naturaleza el dote de un prodigioso talento, y cuando los demás parientes, secretamente adictos al feliz éxito de los planes de la viuda trataban de sondear el corazon de Adela, recibian contestaciones que hubieran desconcertado indudablemente á persona menos perseverantes en sus proyectos. La jóven llegó por fin á expresarse acerca de su primo de un modo poco gracioso y lisonjero, haciendo advertir con malignidad y mofa, que sus piernas contrahechas y sus disformes piés y manos, no eran prendas capaces de seducir á ninguna mujer que no fuera fea, y que un marido semejante no podia presentarse en público sin hacer sonrojar á una esposa que libremente ó por fuerza le diera su mano.

Emilio empero no se daba por vencido; sostenido por su madre y secundado por toda la familia, luchaba con valor contra su adversa suerte, y volvía todos los dias al asalto con un nuevo entusiasmo. Su enlace con Adela era el bello ideal de sus ilusiones y el blanco de todos sus deseos.

Dos años habian trascurrido sin adelantar ni atrasar en este negocio importante para la señora Benacq, cuando apareció en la escena un nuevo personaje.

En todas las capitales de distrito existe al lado de los habitantes estables que nacen, viven y mueren en ellas, un centro variable é incesantemente renovado de empleados que están sujetos á todos los caprichos del gobierno, que vienen y se van sin saber por qué, como las aves de paso, y que como estas son recibidos segun sus cualidades personales. Emilio Benacq encontró su mas peligroso rival en uno de estos empleados llegado por casualidad á Ortez, y que del mismo modo hubiera podido ir á Carpentras ó Quimper-Corentai.

Alberto Latil era un jóven de elegante figura que apenas contaba treinta años, y de elevada estatura; sus ademanes revelaban una gracia y distincion naturales, que no permitian ni la mas remota comparacion con la gloria naciente del abogado de Ortez; su rostro tenia la belleza varonil que se conserva hasta la vejez y revela en el hombre al ser superior de la creacion; sus trajes eran sencillos, pero elegantes y de buen gusto; todo hablaba en favor suyo á primera vista, y cuando se hablaba con él, se co-

nocia al momento que el talento y el corazon eran dignos de sus prendas exteriores.

(Se continuará.)

NOVELA RUSA.

EL ESPADACHIN.

(TRADUCIDO DE J. TOURGUENEFF.)

I.

En 1829 el 8.º regimiento de coraceros estaba de guarnicion en una aldea del gobierno de.... Esta aldea con sus cañamares y sus verdes huertas parecia de lejos un islote en el seno de un vasto océano de campos labrados de un color oscuro. En medio de la poblacion se extendia un estanque rodeado de una tierra fangosa y en el cual nadaban constantemente muchos patos. A unos cien pasos de esa especie de charca, y al otro lado del camino, se elevaba la casa de madera del señor, viuda hacia tiempo de sus dueños y tristemente inclinada por uno de sus lados. Cerca de esta habitacion habia una huerta abandonada, donde se veian manzanos viejos que ya no daban fruto y grandes álamos blancos frecuentados por los cuervos. Al extremo de la alameda principal, en una casita donde antiguamente el propietario de aquellas haciendas tomaba los baños, vivia un conserje achacoso, que todas las mañanas se arrastraba tosiendo por el jardin hácia el aposento señorial, aunque ya nada tenia que hacer en él, pues solo quedaban allí unos cuantos sillones revestidos con unas fundas ajadas, una cómoda vieja de columnas torneadas y agarraderas de cobre, cuatro pinturas góticas y una estatuilla de negro en alabastro con la nariz rota.

El poseedor de los dominios era un jóven indolente que pasaba su vida ora en San Petersburgo, ora en los paises extranjeros sin cuidarse de tales tierras, herencia de un tio anciano muy conocido en la comarca por sus buenos licores. Sus botellas vacías estaban amontonadas en el almacen, con otros restos, como registros encuadernados en carton de color, arañas de cristal rotas, casacas de gentil-hombre del tiempo de Catalina, y una espada tomada con guarnicion de acero.

En una de las alas de ese edificio se habia instalado el coronel del regimiento, un hombre de una estatura elevada, casado, de carácter sombrío y taciturno. En la otra estaba el ayudante, de un carácter opuesto, siempre perfumado, muy afectado, aficionado á las flores y á las mariposas. El cuerpo de oficiales se parecia á todos los cuerpos de oficiales; encontrábanse en él figuras agradables y fisonomías antipáticas, hombres de talento y otros que no lo eran.

Entre ellos un capitán llamado Avdiei Ivano-

vitch Lutchkof pasaba por un espadachin. Este sugeto era un hombre pequeño, de cara estrecha, amarillo, seco, con pelo negro y escaso, una fisonomía vulgar y ojos pardos hundidos. Huérfano desde su infancia, se habia criado con pocos recursos. Durante semanas enteras, permanecia muy tranquilo; luego de repente como si hubiera entrado el diablo en su cuerpo, se mostraba inquieto, aburrido, miraba á todo el mundo con insolencia, y en un abrir y cerrar de ojos armaba una disputa. Sin embargo, se reunia con sus compañeros; pero solo estaba en relaciones íntimas con el ayudante, y nunca jugaba á los naipes ni bebia.

En Mayo de 1829, en la época en que principian los ejercicios, se vió llegar al regimiento un corneta llamado Teodoro Kister. Era un jóven rubio, perteneciente á una familia noble de origen aleman, modesto, instruido y bien educado. Hasta la edad de veinte años habia vivido en la casa paterna bajo la guarda de su madre, de su abuela y de dos tias, y luego habia entrado en el servicio para obedecer á la abuela que aun en su vejez no podia ver sin emocion un uniforme.

Teodoro no tenia la mayor inclinacion á la carrera militar; pero entró en ella de buena voluntad, llenaba cumplidamente sus deberes y se distinguia por su exactitud en lo relativo al servicio. El primer dia de su llegada fué á visitar á su comandante, y luego organizó su instalacion. Llevaba consigo colgaduras, alfombras y algunos muebles. Mandó poner papel en las paredes, arreglar las puertas y ventanas, gobernar la cuadra y las cocinas, y hasta quiso tener una sala de baños.

Toda una semana se ocupó en estos trabajos, y se puso una habitacion tan bonita que daba gusto verla. Delante del balcon habia una mesa cubierta de diferentes objetos de utilidad y de lujo; en uno de los ángulos de su aposento habia un estante lleno de libros y adornado con los bustos de Goëthe y de Schiller; en las paredes mapas, dibujos de Gavarni, escopetas, pipas con boquillas elegantes, y en el suelo una alfombra. Cada puerta tenia su cerradura; habia cortinas en todas las vidrieras; en suma, todo en aquel aposento estaba arreglado con limpieza y con órden: ¡qué contraste con las habitaciones de sus compañeros! Aquí un patio sucio, difícil de atravesar; allá en el vestíbulo, detrás de unos biombos desgarrados roncaba un asistente; el suelo sembrado de paja, en la cocina las botas con los cepillos y el betun; en el cuarto del oficial una mesa de juego sin limpiar; tazas donde ponen un té mal hecho y casi frio; en un lado un canapé grasiento; en el marco de la ventana cenizas de la pipa; en un viejo sillón está sentado el amo de la casa con una bata de flores descoloridas y un gorro asiático bordado; á sus piés duerme un perrazo sucio con un collar de cobre; todas las puertas abiertas de par en par.

Teodoro agradó á sus nuevos compañeros por su bondad y su modestia, por su entusiasmo, por sus inclinaciones naturales hácia todo lo bueno y lo bello, en una palabra, por cualidades que en otro oficial habrian parecido ridículas. Le llamaban la

señorita y le trataban con una urbanidad afectuosa.

Unicamente Avdiei Ivanovitch le miraba con malos ojos.

Un dia despues del ejercicio se acerca á el y le dice con mal tono:

—Buenos dias, señor Knaster, dijo Lutchkof.

—Me llamo Kister, repuso el corneta.

—Lo mismo da, señor Knaster.

Teodoro le volvió la espalda y se fué á su cuarto. El otro le miró con una expresion irónica.

Al otro dia se llegó á él de nuevo preguntándole:

—¿Cómo va la salud muchachillo?

Kister se estremeció y le miró frente á frente. Los ojillos malvados de Ivanovitch chispeaban de alegría.

—Con vos hablo, añadió, muchachillo.

—Caballero, repuso Teodoro, esa chanza es necia, muy necia, ¿lo entendeis?

—Si señor, repuso tranquilamente Lutchkof; ¿cuándo nos batimos?

—Cuando gustéis, mañana.

Con efecto, se batieron. Lutchkof hirió al corneta, y despues, con gran asombro de los testigos, se acercó á él, y tomando su mano, le pidió mil perdones.

Kister no salió de su cuarto en quince dias. Muchas veces en esas dos semanas el espadachin fué á verle, y se hizo amigo suyo. ¿Le habia seducido la firmeza del jóven, ó habia sentido en su alma una mocion de arrepentimiento? Difícil seria responder á esto; pero de todos modos, se ligó íntimamente con Kister, y le llamaba familiarmente Teodoro. Cuando estaba con él se trasformaba, y ¡cosa singular! no ganaba mucho, pues no estaba en su naturaleza al parecer suave y bueno. Era de esos hombres que parece tener el don de subyugar á los demás, sin las cualidades que podrian justificar este privilegio.

Desprovisto de toda educacion y corto de alcances, quizá su rudeza era hija del sentimiento de su inferioridad intelectual y del deseo de ocultarla bajo una máscara rigorosa. En un principio se propuso despreciar á las personas con quien se encontraba, y despues habiendo observado cuán fácil es asustarlas, llegó á despreciarlas realmente.

Era un gusto para él interrumpir con su aparicion un coloquio elevado.

—Yo no sé nada, decia entonces para sí, no he aprendido nada, no tengo familia alguna, y vosotros no debéis saber nada tampoco, ni debéis hacer alarde de vuestras facultades en mi presencia.

Si cedió á la influencia de Kister fué porque quizá el terrible espadachin no habia tropezado hasta entonces con un ser verdaderamente idealista, esto es, un hombre generoso, una naturaleza inclinada y sencillamente ideal, indulgente y sin amor propio.

Entre él y su nuevo amigo pasaban escenas de este género:

Avdiei llega por la mañana al cuarto de Kister, enciende su pipa y se sienta en un sillón. Allí, no se avergüenza de su ignorancia, cuenta con la

modestia germánica del jóven corneta, y no sin fundamento.

—¿Qué hicistes anoche? le pregunta; ¿sin duda habrás leído?

—Sí.

—¿Y qué leiste? exclama con su tonillo algo irónico.

—Un idilio de Kleist. ¡Qué bonito! Escucha, quiero que conozcas algunos pasajes...

Y Kister lee con entusiasmo, y Avdiei frunciendo el ceño y apretando los dientes, le oye con atención.

—Sí... sí... murmura con una sonrisa desagradable, es bonito... muy bonito... recuerdo haberlo leído ya... Però dime, añade lentamente y como hablando consigo mismo, qué piensas tú de Luis XIV?

Kister se pone á desenvolver sus ideas sobre el gran rey, Avdiei le escucha y no comprende lo que oye, ó lo comprende mal. Luego quiere presentar algunas observaciones, y se ve en un apuro.

—¡Voy á decir una tontería!

Exclama para sí y en efecto, las dice á menudo.

Però el buen corneta no le corrige, le deja hablar, y se regocija viendo que el espadachin tiene deseos de instruirse.

¡Ay! Sabe Dios por qué Avdiei interrogaba al corneta; pero no era seguramente por el afán de adquirir conocimientos. Era quizá por darse cuenta á sí propio de su estado intelectual, por saber si era estúpido por naturaleza, ó si únicamente le faltaba instruccion. A veces se decia con una sonrisa amarga:

—Es positivo, soy tonto de remate.

Y entonces se levantaba con insolencia y lanzaba una mirada terrible á todos los que en aquellos momentos parecia que le observaban.

—¡Ah! vosotros teneis talento é instruccion, murmuraba; ¡cuidado conmigo!...

Los oficiales no hablaban largo tiempo de la súbita amistad de Lutchkof con el corneta, porque estaban acostumbrados á sus extravagancias. Kister ponderaba por todas partes á su amigo, y no le contradecian, pues tenian miedo al espadachin; y este personaje singular no pronunciaba jamás ante sus compañeros el nombre del jóven corneta, pero cesaba de frecuentar al sentimental ayudante.

II.

Los hacendados de la Rusia meridional reciben con gusto en sus casas á los oficiales, dan bailes en su honor, y les buscan esposas entre sus hijas. A unos diez minutos de la aldea de Kirilof, donde se encontraban los héroes de esta historia, vivia un tal Perekatof, poseedor de un pequeño dominio, de una bonita casa y de unos cuatrocientos siervos. Su mujer se llamaba Nenila Makariévna, y tenia una niña de diez y ocho años llamada María.

Perekatof habia servido algun tiempo en la caballería; luego habia dejado el regimiento para satisfacer su gusto á la vida campestre y su inclinacion á la pereza, y vivia como viven los nobles campesinos que tienen una fortuna escasa.

Su mujer pertenecia por un nacimiento poco legítimo á un alto personaje de Moscou. Su protector la habia educado en su propia casa; pero así que vió una coyuntura propicia se apresuró á darla acomodo como un objeto de colocacion difícil, pues no era bonita, y su dote no pasaba de diez mil rublos.

Perekatof se consideró muy dichoso en casarse con una persona que habia recibido una educacion brillante y que estaba tan bien emparentada. Después de la boda el noble dignatario de Moscou siguió mostrándose muy afable con los esposos; se dignaba recibir las codornices que Perekatof le mandaba, le llamaba su amigo, y hasta solia tutearle.

Nenila dominaba á su marido y gobernaba la casa, pero con inteligencia, mucho mejor sin duda que la habria gobernado Perekatof. Sin hacerle sentir duramente su yugo, ella le tenia bajo su dependencia, le prescribia las ropas que debia usar, y le hacia que se vistiera á la inglesa. Quiso tambien que dejara crecer su barba para ocultar una verruga grande como una fresa que tenia bajo el labio inferior, y decia á los que iban á verla que como su marido tocaba la flauta, la barba le ayudaba á sostener mejor su instrumento.

Desde muy temprano todos los dias Perekatof estaba peinado, rizado y adornado con una ancha corbata. Se mostraba bastante contento con su suerte, hacia poco mas ó menos lo que le agradaba, comia bien y dormia lo mas posible.

Los vecinos decian que Nenila habia introducido en su casa costumbres extranjeras. Todos los criados que andaban en su derredor estaban muy bien vestidos. Su amor propio era su tormento: aspiraba á ver á su esposo con alguna funcion electiva en la nobleza del distrito; pero los nobles del pais, aunque hacian en su casa comidas excelentes, no le favorecian con sus sufragios. Unas veces elegian al mayor Burkoltz, otras favorecian á otro mayor retirado, y decian que Perekatof era afectado en todo.

María se parecia poco al padre. Educada por la madre con el mayor esmero, hablaba perfectamente el francés y tocaba muy bien el piano. Era una jóven de estatura regular, blanca y de buenas carnes. Una sonrisa alegre animaba su fisonomía algo abultada; sus cabellos rubios, sus ojos de color claro, y el sonido armonioso de su voz producian una impresion agradable. Además no tenia preocupaciones ridículas, ni afectacion, y no podia menos de notarse su instruccion, muy rara entre las jóvenes del campo, la facilidad de su decir, la sencillez de su lenguaje y la expresion suave y cándida de sus miradas. Gobernábase por su propia voluntad; su madre no la violentaba en manera alguna.

Una vez á las doce del dia se encontraba toda la familia en la sala. Perekatof con una casaca verde, una enorme corbata de cuadros, un patalon de mil colores y grandes polainas, estaba sentado cerca de la ventana, cojiendo moscas al vuelo con mucha gravedad.

Su hija inclinaba la cabeza sobre su bastidor de tapicería, su manita torneada se levantaba y se bajaba graciosamente sobre el cañamazo. Nenila Makariévna se hallaba en el sofá, meditabunda y con los ojos fijos en el suelo.

—Sergio Sergewitch, dijo á su marido; ¿habeis mandado esquelas de convite al regimiento?

—¿Para esta noche? Sin duda. Temo que no haya bastantes caballeros para que bailen todas las señoritas.

Sergio suspiró como si le afligiera aquella escasez de bailarines.

—Mamá, exclamó de repente María, ¿vendrá el señor Lutchkof?

—¿Quién es ese sugeto?

—Un oficial; aseguran que es hombre interesante.

—¿Cómo pues?

—No es hermoso, ni jóven, pero todo el mundo le teme, porque es un duelista terrible (Nenila frunció el ceño); desearía que viniera.

—¿Y qué te prometes ver hija mia? preguntó Perekatof. ¿Te figuras quizá un lord Byron? (En aquel tiempo se comenzaba á hablar en Rusia de lord Byron). ¡Qué locura! Mira, yo tambien en mi tiempo, pasé por un calavera.

María miró á su padre con asombro, se sonrió, y luego le dió un beso. Nenila se sonrió tambien. No obstante, Sergio no mentia.

—No sé si vendrá ese personaje, dijo la señora. He suplicado al coronel que nos traiga sus oficiales, y quizá el señor Lutchkof se dignará venir con ellos.

María suspiró.

—No vayas á enamorarte de él, dijo Sergio Sergewitch; ¡las mujeres ahora tienen tales caprichos de entusiasmo!....

—No, padre mio, respondió María con sencillez. Nenila lanzó una mirada fria á su marido.

Sergio despues de haber dado cuatro vueltas á su cadena entre los dedos con aire muy confuso, tomó su sobretodo y su sombrero, y salió á visitar sus tierras. Su perro le siguió tímido y humilde. El inteligente animal comprendia que su amo no mandaba en la casa, y se portaba con prudencia y reserva.

Nenila se acercó en silencio á su hija, la levantó suavemente la cabeza, y clavando en ella los ojos la dijo:

—Te confesarás conmigo cuando ames?

María besó sonriendo la mano de su madre y repitió algunas veces un ademán afirmativo.

—No lo olvides, añadió su madre saliendo para reunirse con Sergio.

María se apoyó en el respaldo del sillón con la cabeza inclinada sobre su seno y las manos juntas, y largo tiempo miró por el balcon en tanto que un ligero encarnado coloreaba sus mejillas.

Al cabo volvió á su labor, pero perdió la aguja y se puso á meditar profundamente; echó una mirada á su hombro, á su brazo extendido, y de repente dejando el asiento se acercó al espejo, se miró á él, tomó su sombrero y bajó al jardín.

A las ocho de la noche principiaron á llegar los convidados.

Nenila recibia con mucha gracia á las señoras y María á las señoritas. Sergio conversaba con los hacendados sobre asuntos de agricultura, y á cada instante miraba á su mujer. En breve aparecieron algunos oficiales, y por fin entraron el coronel y el ayudante seguidos de Kister y de Lutchkof que fueron presentados á Nenila.

Lutchkof la saludó sin pronunciar una palabra. Kister balbuceó un cumplimento. Sergio se adelantó hácia el coronel, y le estrechó la mano clavando en él una mirada expresiva.

Se organizaron los bailes. Kister invitó á María para una escocesa, danza muy á la moda en aquel tiempo.

—¿Por qué no baila vuestro amigo? le preguntó la jóven al hallarse al otro extremo de la sala.

—¿Qué amigo?

María le indicó á Lutchkof.

(Se continuará.)

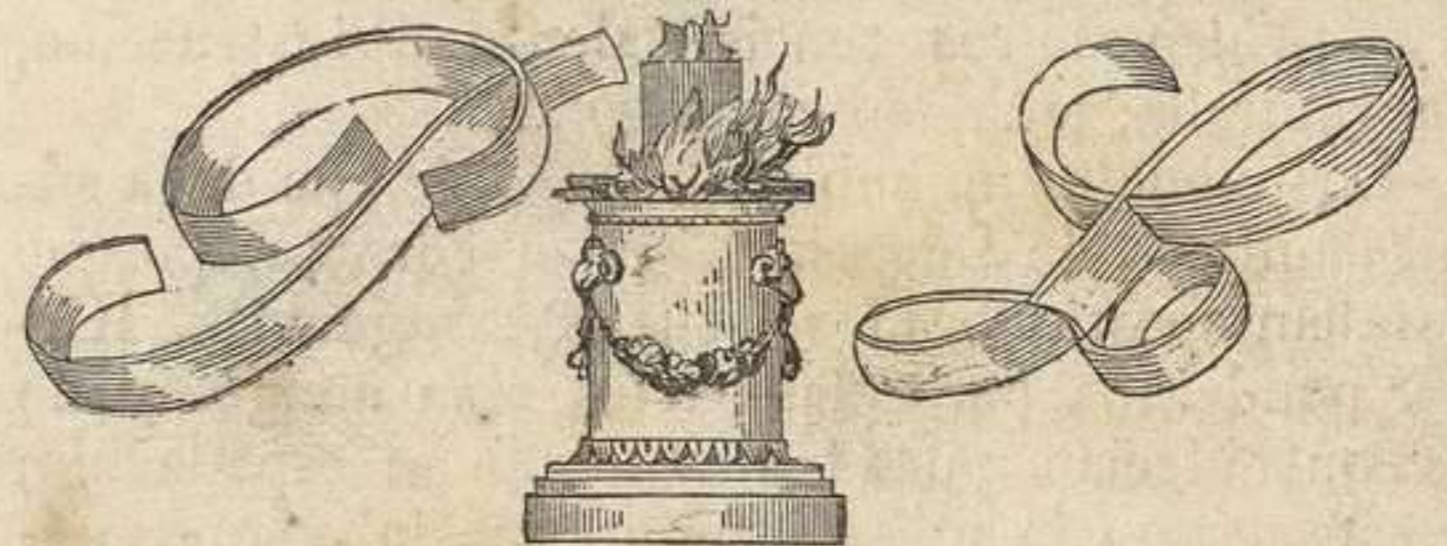
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Porfia mata la caza.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.



A I

